



Homilía en la Eucaristía por las víctimas del atentado terrorista del 11 de marzo de 2004

Queridos hermanos: sacerdotes y fieles, dignísimas autoridades civiles y académicas:

Agradezco vuestra participación en esta Eucaristía, a la que os he convocado para orar por todos aquellos hermanos nuestros que han sido violenta e injustamente privados del derecho a la vida en el atentado terrorista del pasado día 11 de Marzo, que a todos nos ha sumido en la consternación. Igualmente vamos a orar por la pronta recuperación de la salud de todos los heridos y por el consuelo y la fortaleza de las familias que han sufrido la pérdida de seres queridos o acompañan todavía con dolor a sus familiares en los hospitales.

Oramos, como es obvio, desde nuestra comunión en la fe cristiana que nos abre un horizonte de sentido y de esperanza a la luz de la muerte y de la resurrección de Jesucristo. Creemos en la resurrección y en la victoria sobre la muerte de quienes unimos nuestro destino al de Jesús, el justo ignominiosamente condenado a muerte y cruelísimamente ejecutado en la cruz como el peor de los malhechores. En el aparente fracaso del Justo se estaba llevando a cabo el misterio de su entrega voluntaria a la muerte por amor, para que se manifestara su soberana libertad en la fidelidad absoluta a la verdad, así como el poder de Dios que glorifica y da vida a los justos.

Queremos unir en nuestra oración el doloroso sinsentido de la muerte injusta de estos hermanos asesinados, privados de la vida en contra de la voluntad de Dios, a la luminosa entrega voluntaria de Jesús en la cruz, para que los haga partícipes de su gloria, la gloria de Dios que es la vida eterna del hombre.

Y oramos también desde la comunión en el amor, que nos hace sentir como propio el dolor de los familiares de las víctimas, que nos mueve a darles lugar en nuestra vida y a acompañar, en la medida en que a cada uno nos sea posible el camino futuro de estas familias, cuyo horizonte ha sido bruscamente ensombrecido por el terror absurdo. Deseamos que sientan nuestra cercanía afectiva y el compromiso de ser para ellos corazón abierto, palabra de aliento y fortaleza para seguir viviendo con paz interior. Que Dios nos haga capaces de hacer con ellos este camino en el amor, es también hoy objeto de nuestra súplica.

Los cristianos sentimos como propios los gozos y los sufrimientos de toda persona humana. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en nuestro corazón. Por eso no permanecemos indiferentes cuando la dignidad de la persona queda ultrajada, porque se atenta contra su vida y contra su libertad. En España, el terrorismo de ETA durante largos años y ahora también el terrorismo de Al Qaeda, se ha convertido



Carlos López Hernández

en la más grave amenaza contra nuestra paz y libertad social, representa la expresión más miserable de la debilidad moral de la cultura contemporánea.

Es preciso el compromiso de todos para eliminar la lacra social de cualquier clase de terrorismo y para consolidar la convivencia en la libertad y el respeto de los derechos humanos. El terrorismo se caracteriza por ejercer una violencia criminal indiscriminada, sembrando muerte y destrucción, para atemorizar a la sociedad y privarla de su derecho a la libertad, para imponerle una determinada ideología totalitaria, bien sea de origen político nacionalista o pseudoreligioso. Pertenece al fin y a la estrategia terrorista el intento de justificar la necesidad de sus acciones criminales en aras de la consecución de unos fines que se conciben como los únicos bienes absolutos e irrenunciables, para cuyo logro habría que sacrificar incluso la vida de las personas, que para los terroristas es un bien menor. No reconocer el valor absoluto, sagrado, inviolable de la vida del hombre es la última raíz ideológica de la perversión del orden moral que representa el terrorismo. Esta caracterización del terrorismo nos permite reconocer que su maldad es más profunda y va más allá de la misma maldad, ya de suyo abominable, de sus actos criminales.

El terrorismo representa una perversión gravísima del orden moral y la expresión más inicua del falso principio: “El fin justifica los medios”. Principio este que en otros varios ámbitos de la vida social, económica, política e incluso moral, parece haber ido adquiriendo desgraciadamente una creciente carta de ciudadanía.

Los Obispos españoles venimos calificando el terrorismo como intrínsecamente perverso y nunca justificable en función de ninguna circunstancias ni de ningún resultado o meta. Estimamos que corresponde a nuestra misión denunciar la inmoralidad del terrorismo como un modo necesario de defender la dignidad de la persona y sus derechos inviolables, fundamento de la libertad y de la paz social. E insistimos en que la valoración del terrorismo, aparte de consideraciones de otros órdenes, no se puede olvidar la dimensión moral del problema. El olvido de esta dimensión moral sería causa de un grave desorden que tendrían consecuencias devastadoras para la vida social. Siempre podrían existir pretendidas o reales razones políticas capaces de seducir el juicio de algunos y de llevarles a presentar como aceptable el recurso al terrorismo. Por ello, debe estar para todos claro que es inmoral el principio de que el fin justifica los medios y que nunca jamás, en ninguna circunstancia, podrá existir razón moral alguna para el terrorismo.

Especialmente miserable y abominable aparece la autojustificación terrorista de sus actos criminales cuando se pretende ejercer el nombre de Dios, en forma más o menos explícita. Entonces la violación del mandato divino: “No matarás”, añade a la gravísima desobediencia a la voluntad de Dios el elemento de la blasfemia y de la profanación de la santidad de Dios y, con ello, la profanación más cínica de la religión. Dios es el autor de la vida y el mejor garante de su desarrollo hasta su consumación. Dios es amor y muestra su poder con el perdón y la misericordia. Dios nos ha amado hasta el extremo de hacerse hombre para dar su vida por nosotros.



Carlos López Hernández

Cada hombre es imagen del Dios amor y ha recibido de Dios la ley fundamental de amar a los hermanos como Él nos ha amado. Esta ley del amor está impresa en su naturaleza y hace posible al hombre no desnaturalizado experimentar la felicidad en la práctica del bien. Por ello, sólo el amor y en el perdón misericordioso, incluso al enemigo que me odia, encuentra el hombre su plenitud y crea plenitud de vida personal y social para los demás. El Dios del amor y de la vida ha querido libremente hacer consistir su gloria en que el hombre viva y viva en plenitud.

La responsabilidad moral en su sentido propio por los atentados terroristas es atribuible única y exclusivamente a los mismos terroristas y a quienes de forma directa y necesaria son colaboradores suyos en la preparación y realización de los atentados. No es lícito sobrepasar los límites de la recta doctrina moral para llamar asesinos a nuestros legítimos gobernantes, tanto en el Gobierno del Estado Mayor como de sus Comunidades Autónomas.

A toda la sociedad y a sus instituciones nos corresponde asumir el compromiso de erradicar el terrorismo también mediante una adecuada educación permanente de nuestras conciencias conforme a la verdad moral del hombre y al respeto de su dignidad y sus derechos, para hacer posible la libertad y la paz social. De forma especial hemos de colaborar todos, la Iglesia, las familias y los centros educativos, así como todos y cada uno de los educadores a título personal, en la noble tarea de formar a las generaciones más jóvenes, advirtiéndoles de la maldad del terrorismo y animándoles a construir una sociedad donde se vivan los principios morales que garanticen el respeto sagrado a la persona.

Desde nuestra comprensión de la vida del hombre a la luz del Dios del amor, oramos también por la conversión de los terroristas y para que, sin perjuicio del justo castigo que les corresponde por su gravísimo crimen, vuelvan a encontrar su recto camino en la vida, alentados incluso por el perdón misericordioso que como cristianos debemos concederles. Otorgar este perdón es un milagro de la gracia, pero Dios puede hacernos capaces de ello. Así nuestra Eucaristía será auténtica actualización de la entrega por amor de quien murió en la cruz pidiendo el perdón de sus verdugos.